

La obra-honda y dilatada-de Goya no necesita ser considerada desde fuera de su órbita para hallarle su total-y cabal-grandeza. Más aún: su alcance excepcional. A mí me ha molestado siempre el prurito de ciertos escritores que, luchando con el afán de originalidad, han tratado de adjudicar a la obra de arte una significación que no es la propia. No es preciso buscarle tres pies al gato, como dice el castizo, para dar con la entraña de algunas cosas. Entre ellas, por ejemplo, la belleza. La belleza en cualquiera de sus manifestaciones. El cielo no ofrece dificultades para que se le contemple: basta con levantar los ojos a él. La cuestión está en quien lo mira. Lo mismo acontece con la obra de arte. Si el que se halla delante de ella, se empeña en complicar lo que es maravillosamente simple o en colgarle un sentido esotérico a lo que se ha expresado con toda claridad, crea su propio laberinto y colabora en la aparición de un laberinto colectivo. La obra de arte, cuando es auténtica, lleva en sí todas las dimensiones que aisladamente se le tratan de desprender. Pero implícitas y regidas por su sustancia estética, no fuera de ella. Dentro de lo estético, si el artista ha creado con los latidos de su propia sangre, se halla lo social y lo religioso, lo real y lo mágico, el espíritu de una edad y las ideas que caracterizaron a una sociedad. Por eso, muchas veces, es posible, por la obra de arte, llegar, como no se llega con documentos fehacientes, hasta lo más abstracto y lo más concreto de un tiempo determinado, de una moral, de un mundo casi olvidado o fenecido.

A doscientos años de distancia del nacimiento de Goya-ningún homenaje mejor en este segundo centenario que acaba de celebrarse en abril-se me

ocurre volver a pensar, como otras veces lo hice, <sup>en</sup> la tremenda, casi inabarcable significación que el gran pintor aragonés tuvo en la vida española de las dos centurias que alcanzó a vivir. que tuvo, y que tiene, porque es ahora, precisamente ahora, desde el observatorio de nuestro tiempo, como podemos dar a esa significación todo el valor-todos los valores-que empuja. Y puestos en trance de conmemoración, recordemos aquí algo que, aunque parezca intrascendente, no deja de ofrecer inquietantes asideros a la reflexión. El primer centenario del nacimiento de Goya-1846-se produce en una España cruzada por los fuegos de una lucha civil, con el anhelo de libertad clavado en el alma y el espadón de la reacción castiza gravitando sobre su cabeza. El primer centenario de su muerte-1928-llega también a la hora tragicómica de una dictadura castrense encaramada al poder por el tradicional cuartelazo, con un monarca perjuro amparando a un tirano lascivo, borracho, grotescamente paternal, y un pueblo deseoso de reanudar sus destinos históricos. El segundo centenario de su nacimiento, en fin, -1946-se nos depara en uno de los momentos más dramáticos, en una de las agonías más hondas por que ha pasado el pueblo español. No es necesario trazar aquí una caracterización de ese momento. La sangre que Franco ha ~~monstruosamente~~ hecho derramar, de nueve años a esta parte, corre ya por los ríos de la tierra, llama a las puertas de las ciudades y pesa en la conciencia de los que han encerrado el sentimiento de la justicia en una caja de valores. Se diría que, aun después de la muerte, el destino de Goya deja tras sí una estela de pasión y de dolor. Pasión española que, en vida, se vertió en una obra prodigiosa donde el dolor revestido de formas populares o errante por las galerías del sueño o del instinto, se hizo presente como rebeldía o como himno, como blasfemia o como plegaria. Pasión española que, aun después de desaparecer uno de sus más genuinos intérpretes, sigue rindiendo su cosecha de dolor, como una tierra monstruosamente fecunda, incansable al hierro y a la gestación.

Goya-la obra de Goya-se me aparece ~~me~~ a mí como un relámpago profundo deslumbrador, en el estéril cielo del XVIII español. Del XVIII y principios

del XIX. Nada de lo que hay inmediatamente <sup>delante</sup> ~~atrás~~ ~~tiene~~ ~~ninguna~~ ~~relación~~ ~~con~~ ~~su~~ ~~descomunal~~ ~~dimensión~~. Tampoco nada de lo que hay inmediatamente detrás. Goya está solo en ese desierto casi aterrador. Solo. Pero en él se concentran fuerzas de gigante. Toda la España postrada, desvirtuada, de ese periodo parece hacer crisis en su personalidad. La personalidad de Goya es la <sup>calidad</sup> única que tiene ~~personalidad~~ de tal, calidad de personalidad vigorosa, íntegra, en ese siglo amalgamado de eruditos, críticos y preceptistas, donde apenas florece una sola individualidad creadora. España, desde los comienzos de la décimoctava centuria, había entrado en el más triste, desolado momento de su decadencia. Sobre su orfandad de valores propios, cayó en la imitación extranjera, que hizo irrupción vestida al gusto pseudoclásico y se atrevió, además, a negar toda la gloriosa tradición de la cultura vernácula. Como la dinastía borbónica que entonces gobernaba, todo se afrancesó. El teatro, en primer lugar. El teatro, que había sido hasta Calderón nuestra expresión artística más genuina, llevando su influencia directa a la misma escena francesa. Pero, con el teatro, los demás géneros literarios, las bellas artes, todo lo referido, de cerca o de lejos, a la sensibilidad y al pensamiento, sin olvidar las costumbres, las modas y otros fenómenos menores. "Comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa", dejó escrito un poeta contemporáneo, ~~franc~~ Manuel José Quintana. La vida española correspondiente a ese periodo presenta todos los síntomas de una agonía oscura y torpe. La política, aldeana casi siempre, pugna en algunos instantes por levantarse a través de teorizantes, cuyas ideas, si generosas, están bien lejos de las verdaderas necesidades del pueblo. Los reyes, extranjeros, odian la vida de las gentes que gobiernan. Los poetas engañan su sensibilidad embriagándola con un falso estilo bucólico donde triscan tiernas ovejitas y gimen pastores desengañados, cuando no la envuelven en una naturaleza de cartón-piedra, en que lo grandilocuo corre parejas con lo vacío. Las artes se hacen oficio, de tan pegadas a la tierra, y si abandonan su marasmo es para imitar los gustos de fuera. Goya, sólo Goya se levanta sobre el yermo, como un dios iracundo y po-

deroso proyectando con su pincel o con su lapiz grandes descargas de pasión sobre el silencio o la soledad. Se diría que en ese relámpago desconcertante, atroz, quiso Goya recoger, condensar, ~~xxx~~ reanimándolas, todas las glorias pasadas de la España yacente. Se diría que, por ese impulso, trataba de volver a su vigor primero las virtudes de un pueblo que iluminó el Cantar de Mio Cid, las cantigas de serrana, el Romancero; caldeó el alma de los místicos en la paramera y de los descubridores en los mares tenebrosos; enhebró el instinto de la picaresca con las ascéticas sutilidades de la conciencia teológica, y llevó su palabra, su fe y su sangre a las últimas riberas del Mediterráneo y a los confines del Océano.

Con su pintura, Goya volvió a encender, ~~xx~~ en medio de la Península, la hoguera del ser español. Y algunos años después de la muerte del gran pintor, todavía algunos rescoldos de esa hoguera-Lucas, Alenza-luchan por convertirse otra vez en llama. Necesitamos llegar hasta Galdós, hasta Unamuno y Antonio Machado para hallar ese honda, violento latido que denuncia la presencia innegable de España. Goya lo supo imprimir en su obra con una fuerza, con una autenticidad, que aún embarga el corazón del que lo escucha.

Juan Rejano